

Crisis de gobierno o crisis de régimen que requiere cambio constitucional

"El socialismo en el Perú es un difícil encuentro entre el pasado y el futuro. Redescubrir las tradiciones más lejanas, pero para encontrarlas hay que pensar desde el futuro"
A. Flores Galindo

Vicente Otta R.

Referéndum: adelanto de elecciones, asamblea constituyente

La angustia ante una cotidianeidad cada vez más difícil de sobre llevar hace que las miradas se concentren en un ejecutivo desbordado por la ineficacia y las corruptelas y en un congreso convertido en un agencia lobista y traficante de intereses subalternos. El reconocimiento de que asistimos a una severa crisis del régimen fujimorista instalado en 1993, parece difuminarse por el trafago del día a día que amenaza llevarnos al abismo por la incapacidad de los que ocupan el ejecutivo y legislativo.



Los 230 mil muertos y el desastre sanitario que produjo la pandemia calatearon a la actual constitución fujimorista. Esta severa denuncia de los hechos parece subsumirse ante una aguda crisis económica y social, configurando la normalización de lo anómico.

Dejemos de mirar el dedo y miremos el sol. La eficacia más elemental en la gestión gubernamental para sacar al país del desastre en que nos ha sumido 30 años de constitución neoliberal, hecha ex profesamente para enriquecer a los más ricos y someter al país a los intereses transnacionales, requiere su cambio por una constitución de democracia real y defensora de nuestra soberanía nacional.

Es la verdadera raíz de la crisis nacional y no podremos salir de ella sin un cambio radical.

República sin ciudadanos y Ciudadanos sin república

En los años 80 del pasado siglo, Alberto Flores Galindo el brillante intelectual socialista definió al Perú como una República sin ciudadanos. Contradicción en los términos que graficaba de modo rotundo una independencia falaz, que no había cambiado realmente la matriz de la dominación colonial ni lo sustancial del poder político. El país seguía el patrón de ordenamiento geofísico que la colonia estableció fracturando el orden incaico de organización territorial y social desde los andes, a diferencia del orden hispánico desde la franja costera. El interés colonial no era la optimización de la producción interna sino la exportación de metales preciosos hacia España y Europa.

De similar modo, los que se hicieron con el poder desde 1821 no fueron otros que los hijos de encomenderos y burócratas virreinales, esto es, españoles de nuevo cuño, que continuaron con el poder y la razón colonial.

La inmensa mayoría de la población peruana, indígena en sus tres cuartas partes, estaba excluida del poder y la sociedad oficial. El estado privilegiaba la costa y lo extranjero, funcionaba en español, las autoridades, la burocracia y las políticas públicas seguían funcionando y reproduciendo en español.

A esta república criolla es que Flores Galindo llamó República sin ciudadanos.

Treinta años después, Alberto Vergara, un sociólogo de la nueva generación y escuela, publica una respuesta impertinente y tardía: Ciudadanos sin república. Afincado en los conceptos de democracia vacía que el neoliberalismo aplica y difunde, sin contenido de justicia social, igualdad y libertad, sostiene que la democracia en nuestro país, existiendo procesos electorales, alternancia y equilibrio de poderes, lo único que requiere es una mayor vigencia de la institucionalidad. Con eso la sociedad estaría muy bien organizada y la relación estado-sociedad sería de maravilla.

La ciudadanía reducida al consumo. Todos podemos participar en el mercado, aunque sea de vyeristas sin comprar nada. Pero tenemos ese privilegio. Es lo que nos hace iguales. Consumidores o potenciales consumidores.

Velasco y la Revolución democrática de viejo tipo: Reforma Agraria, soberanía nacional

El Perú tuvo el triste y trágico privilegio de ser el centro de la administración colonial, albergó a la burocracia, encomenderos y potentados de América del sur. No es casual entonces que se convirtiese en la ciudad de los virreyes ni que haya sido el último bastión de la dominación española.

Fue la causa por la que tuvieron que venir Simón Bolívar y tropas de diferentes países para sellar la independencia tardíamente, en Ayacucho el año 1824.

La herencia de esta cultura y tradición colonial sobreviven hasta el presente. Ahí se origina el conservadurismo y la mentalidad racista y estamental de los sobrevivientes de encomenderos, oligarcas y gamonales.

Las reformas del gobierno militar encabezado por Velasco, especialmente la Reforma Agraria, produjeron cambios económicos y sociales muy importantes: tierra para los campesinos, eliminación de la servidumbre, Ley de comunidades nativas, reconocimiento del quechua como

idioma oficial etc. Pero no lograron avanzar en el cambio de las mentalidades, de la cultura. Que es un proceso de larga duración y que tiene que librarse en el terreno de la sociedad y la cultura, con fuerzas y corrientes políticas y culturales comprometidas con el cambio, militantes de ese cambio en todas las esferas sociales.

No se construyó ciudadanía: Igualdad y libertad, pero también obligaciones compartidas y asumidas como integrantes de una comunidad de iguales, una auténtica comunidad nacional

El SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social) no logró convertirse en el SINAMOS que algunos izquierdistas, al interior del velasquismo soñaban. En realidad, esto era una completa quimera. Imaginar que el principal pilar del sistema de dominación (Fuerzas Armadas) se convierta en su contrario.

Este era el límite estructural del reformismo velasquista.

La democracia formal, coartada para la oposición y sabotaje de la oligarquía y de la mayoría de la izquierda socialista

Los liberales de flamígero verbo sin coherencia frente a la realidad social dirigieron los ataques y la resistencia del orden oligárquico contra las reformas y su principal dirigente, Juan Velasco Alvarado, quien terminó convertido en el demonio que habría causado todos los males del Perú contemporáneo. Aun cuando reformas sustantivas se consagran en la constitución de 1979, el cuestionamiento a las mismas logra bloquearlas en su enraizamiento y vigencia en la sociedad.

La campaña del liberalismo impostado, de raíz y manipulación oligárquica, se da la mano con la virulenta oposición de la izquierda socialista-marxista. Para ésta ninguna fuerza que no sea marxista-leninista podía realizar cambios sociales revolucionarios o progresivos.

Por estas razones las reformas terminaron convirtiéndose en hijas de nadie. Carecieron del patrocinio político que hubiera permitido impulsarlos para ampliar su contenido democratizador y de transformación social.

El propio desarrollo de la izquierda socialista debe a estas reformas las condiciones favorables para ampliar y profundizar su presencia en el país. En la vida industrial y urbana como en el campo y el mundo rural se generaron condiciones para la presencia de factores y actores democratizadores. Pero las izquierdas se afirmaron confrontando y combatiendo al reformismo velasquista como un todo contrarrevolucionario, antidemocrático.

Los socialistas marxistas no terminamos de comprender que estos cambios cierran la etapa de la revolución democrática burguesa, bajo conducción de una fuerza de gestión política que no es representación directa de las clases dominantes. No son actores políticos partidarios por eso produce una experiencia inédita en nuestra historia. Verticalismo y militarismo produciendo cambios democratizadores. Las transformaciones pendientes a lo largo del siglo veinte.

Banderas que eran la razón de las organizaciones políticas modernas desde la década del treinta del siglo anterior. Tanto el partido aprista como el partido fundado por Mariátegui tuvieron como parte sustantiva de su programa las cuestiones del indio, la tierra y la soberanía nacional.

No es casual que estas fuerzas políticas quedasen desubicadas y fuera de la escena política. Ya para entonces el APRA se había convertido en un partido pro oligárquico, y el partido de Mariátegui había sido reemplazado por el Partido Comunista afiliado a la III Internacional. La izquierda no tenía claridad de cómo reposicionarse frente a los cambios producidos.

La derrota de Mariátegui en 1930 significó la derrota del socialismo marxista peruano y latinoamericano, el de la teoría de la praxis.

El abandono de la revolución como “... ni calco ni copia sino creación heroica” sigue pasando factura hasta nuestros días.

1980, década de las furias: restauración belaundista, Sendero Luminoso, debacle de Izquierda Unida

La aprobación de la constitución de 1978 que contenía alguno de los cambios del reformismo velasquista, quedaron finalmente en el papel. Huérfanos de adhesión militante padecieron el olvido cuando no la hostilidad: idioma quechua, reforma educativa, sistema cooperativo y asociativo, entre otros. La propiedad de la tierra o el voto al analfabeto no pudieron ser revertidos simplemente porque no era posible una contrarreforma de esta magnitud.

El segundo belaundismo fue literalmente un gobierno restaurador, empezando por el mismo personaje, que depuesto en 1968 es repuesto en el poder 12 años después.

Este hecho produjo el empantanamiento del país. No se viabilizaron las reformas, pero tampoco pudieron ser eliminados. La emergencia de Sendero Luminoso en mayo de 1980 y el retorno de Belaunde al poder significaron un salto al pasado. Lo arcaico se posicionó de la escena política nacional.

En tanto Izquierda Unida liderada por Alfonso Barrantes, la fuerza que encarnaba el cambio y promesa de futuro, en 1985 renuncia a la segunda vuelta electoral y cede el protagonismo político a Alan García y al partido aprista.

Renuncia al protagonismo socialista y se corre a la socialdemocracia reformista y claudicante.

Esta suma de adversidades produjo una década aciaga para nuestro país. La mayoría de observadores y politólogos acuñaron la frase, Década perdida enfatizando los resultados macroeconómicos (hiperinflación, escasez de alimentos y desempleo masivo. Al final de la década, el producto interno bruto (PBI) de Perú se contrajo más del 20% y la pobreza aumentó al 55%).

Esta lectura de los neoliberales esconde que lo determinante se produjo en la esfera de lo político-social. El proceso restaurador y el bloqueo de la democratización social.

El Perú se convierte para la década del 90 en tierra arrasada. El senderismo terrorista y el fujimorismo del terrorismo de estado, eliminan la política, el protagonismo y la organización social mediante el asesinato y represión de dirigentes y activistas. Erigen un escenario copado por la anti política, la corrupción y el protagonismo de los poderes facticos.

Sobre esta derrota de las fuerzas populares y la democracia, Fujimori profundiza el conservadurismo, cavando el segundo sótano y anudando fuertemente los lazos con el capital transnacional. Asume el Consenso de Washington y aplica el paquete neoliberal más feroz de América Latina.

De entonces a esta parte (30 años) la izquierda ha reducido su protagonismo al apoyo del mal menor, a evitar lo peor. Pedro Castillo y Perú Libre son el último ejemplo de la táctica del mal menor.

No se debe renunciar a su propio proyecto socialista, nacional popular.

Proyecto de país, alternativa democrático-popular como salida a la crisis actual

La crisis de régimen que impera en los últimos 30 años, traducido en 6 presidentes presos, enjuiciados y uno suicidado para no ir a prisión, 5 presidentes en cuatro años, es la expresión flagrante de la descomposición política y social del Perú actual. Las reservas morales y políticas no van a surgir de fuerzas mafiosas y corruptas que se instalan como poderes facticos con el fujimorismo desde 1993, con la constitución que las consagra y legitima.

La salida a desarrollar es de régimen, de proyecto de país alternativo. Que no solo recupere la democracia y derrote a la corrupción, sino que avance al estado plurinacional, al horizonte del Buen vivir.

Reencuentro de nuestro país con su tradición y su realidad geográfica, más allá de la coyuntura inmediata. Con su historia milenaria y sus pueblos andino-amazónicos como actores protagónicos.

Referéndum para decidir el adelanto de elecciones y la asamblea constituyente.

Las fuerzas socialistas y democráticas deben impulsar la salida democrática al empantanamiento actual. El cambio de la mafiosa e ineficaz constitución fujimorista de 1993, debe dar paso a una constitución plurinacional, que es la manera en que se expresa la democracia del siglo XXI.



Reconociendo la diversidad de nuestra realidad socio-cultural y la expresión de esta diversidad en representación política en el estado y gobierno, en políticas públicas interculturales, en el reconocimiento de ciudadanía intercultural, ambiental y políticas de género.

Estos son los alcances que adquiere la democracia y la ciudadanía de nuestro tiempo. Es el contenido esencial de una constitución del siglo XXI, que debe ser el resultado de las actuales luchas por romper el empantanamiento catastrófico que nos agobia hace cuatro décadas.

Pasar de la política del avestruz y del mal menor a buscar lo mejor para nuestro país, aquello que nuestra historia y tradición lo demandan.

El camino democrático de este proceso debe traducirse en un referéndum para decidir el adelanto de elecciones generales y la Asamblea Constituyente.

En este proceso ampliar y fortalecer la democracia, la organización y movilización ciudadana y al calor de la recuperación de la política como expresión superior del ejercicio ciudadano, afirmar el proyecto socialista que se expresa en el Estado plurinacional y la nueva República.

Todos los ciudadanos de buena voluntad están convocados para esta tarea. Nadie está demás en esta hora en que la patria nos reclama.

Forjemos la más amplia coalición democrática por un Perú mejor, sin corrupción ni desgobierno.